

DESIGUALDADES DE CLASE SOCIAL EN EL SIGLO XXI. *Rafael Feito Alonso. Editorial Tirant Humanidades, Valencia. 2022. Páginas 175.*

La distancia *social* que separa a un individuo con un alto volumen de capitales económicos y culturales de otro caracterizado por la escasez de los mismos ha ido creciendo cada vez más en el último medio siglo en nuestras sociedades occidentales. Tanto la comprensión como la explicación de semejante hecho empírico no pueden desarrollarse sin prestar atención a los grupos sociales de pertenencia de esos individuos. El aumento de las desigualdades sociales y económicas entre las capas más altas y más bajas de la estructura social ha llevado a un creciente interés por el estudio de esas aritméticas e indicadores macroestructurales que den cuenta de semejante brecha en sociedades autodefinidas como democráticas. De la misma manera, se presta atención a los procesos de subjetivación del grupo de pertenencia: cómo los individuos hacen suya la identificación/adhesión a éste. Distancias *sociales* y económicas que han aumentado, muchas veces traducéndose en la producción y ensanchamiento de las distancias *espaciales* en la propia ciudad. La gran concentración de riqueza y su traducción social en la formación de grupos o clases específicas no puede

separarse de la escasez que caracteriza a otros. Desarrollar una mirada relacional y sociológica sobre estas distancias que separan y definen a los grupos e individuos que los forman es el objetivo de Rafael Feito Alonso, autor de un libro fundamental para conocer cómo una vieja realidad (las clases sociales) se han adaptado y transformado a su vez en este nuevo mundo, o era neoliberal, que se intensifica a partir del siglo XXI.

El sociólogo comienza su trabajo planteando y cuestionando la desigualdad social como realidad que define nuestros sistemas sociales actuales, haciendo un repaso de las posturas más importantes a la hora de enfrentar semejante realidad. Desde los defensores de la desigualdad social como mecanismo de recompensa del mérito (la desigualdad incentiva la competencia entre actores individuales y colectivos y, por ende, es sana para el conjunto de la sociedad) hasta sus detractores (la desigualdad corroe las instituciones y la confianza pública en las mismas, generando procesos negativos que afectan incluso a los mejor posicionados). Desde el campo académico, establece las dos principales visiones o

clasificaciones con las que se identifican muchos autores: el enfoque *gradacional* de Goldthorpe y el enfoque *relacional* de Erik O. Right. Apostando por un enfoque relacional, que establece que las clases sociales están vinculadas a través de relaciones de explotación y dominación, lleva a cabo un repaso, por un lado, de las principales clases sociales que existen actualmente; y por otro, de algunos de los mecanismos de diferenciación y jerarquización social (desde el sistema educativo hasta el consumo, pasando por el comportamiento electoral) que siguen operando con una enorme eficacia material y simbólica. Independientemente del enfoque adoptado, existe un consenso académico mínimo: existen (al menos) tres grandes clases sociales.

La primera clase social a la que hace referencia son los ricos, la clase alta, los superricos, la clase corporativa... es decir, esa minoría cuantitativa que concentra una enorme cantidad de capitales económicos, culturales y sociales, permitiendo una *distinción* cualitativa (simbólica) permanente en casi todos los campos sociales. Para pertenecer a este selecto grupo que representa tan solo al 1% más rico de España, es preciso ingresar más de 163.619 euros. A diferencia de la imagen y estereotipos asociados a la gran burguesía y aristocracia nacionales como grupos tradicionalmente ricos de un país, lo cierto es que el perfil de la clase alta actualmente es “una especie de comunidad internacional de pares que tienen más en común entre sí que con sus compatriotas” (p. 58). Esta clase cosmopolita y/o corporativa, tal como la denominó Marina Subirats en un estudio de 2012, representa a los “winners” de la globalización neoliberal. En España, buena parte de las fortunas se han acumulado gracias al desarrollo del “capitalismo de amiguetes” y en sectores estratégicos como los supermercados, el textil y la construcción, además de los sectores de extracción (electricidad, gas, teleco-

municaciones...etc.). Acumulación de capitales económicos que precisa de una base constante y estable de consumidores con un alto poder adquisitivo (e incluso intelectual) al que poder llegar a través de diferentes canales de comunicación globales. Sin embargo, el cosmopolitismo característico de esta clase social se ha traducido en una segregación residencial (una agregación de semejantes en términos económicos y culturales) que ha provocado que el aumento de las desigualdades se haya traducido, en parte, en un aumento de la segregación urbana en las grandes ciudades. Dentro de este grupo existen variaciones o tipologías diferentes en función del origen de la riqueza o el modo de acceso al propio grupo.

Las clases medias (necesariamente en plural) son el cajón de sastre de la sociología de la estructura social: esa categoría en la que entrarían todos los que no consiguen entrar al selecto club de la clase alta pero que, igualmente, se diferencian de “los de abajo” en términos tanto económicos como culturales. En la mayoría de países occidentales existe una tendencia a ubicarse en las encuestas en las clases medias: en España casi el 80% de las personas encuestadas se considera clase media. Lógica relacionada con la deseabilidad social y la censura estructural (lo que se considera moral y políticamente correcto en un determinado contexto histórico y comunicativo, y la presión de la situación de encuesta para contestar en ese sentido) que provoca que un porcentaje semejante se ubique ideológicamente en el centro ideológico. Independientemente de las adhesiones subjetivas y las presiones objetivas, Feito apunta al indicador de la OCDE: los hogares con rentas “entre el 75% y el 200% de los ingresos medianos del país”. En España eso supone ingresar entre 11.400 y 30.400 euros, en el caso de un hogar unifamiliar. Sea como fuere, una división interna de las clases medias suele ser aceptada generalmente: clase media-alta,

clase media-media y clase media-baja. La clase media-alta son esos ricos que no entran en el selecto club de la clase alta cosmopolita, pero que tienen asegurada una alta posición en la estructura de clases gracias a una serie de mecanismos que permiten acaparar recursos escasos socialmente. Sin embargo, el grupo al que tradicionalmente se ha asignado la etiqueta de “clase media” han sido las viejas clases medias (el propio Centro de Investigaciones Sociológicas así las reconoce): la pequeña burguesía, los pequeños propietarios o autónomos: esos “propietarios de empresas cuyo tamaño les fuerza a dedicar la mayor parte de su jornada laboral a tareas de gestión y organización” (p.77).

Por último, la clase trabajadora es el grupo que sostiene por abajo la estructura social. Son aquellos que no ejercen ninguna autoridad ni desarrollan un conocimiento especializado, ubicándose en una posición subalterna dentro de los centros de trabajo y, por ende, de la sociedad. Es decir, soportando las peores condiciones laborales (supervisión constante, sin autonomía ni flexibilidad, bajos ingresos...etc.) y sociales (peores condiciones de vida y residencia). Sin embargo, también la clase trabajadora se ha transformado en su composición interna en el último medio siglo: la imagen del varón blanco heterosexual de mono azul ha quedado desfasada para representar a una clase obrera que siempre ha sido más heterogénea y diversa de lo que ese cliché permite aprehender. La incorporación de la mujer al mercado de trabajo o la llegada de población migrante de clase trabajadora han modificado esta composición. De la misma forma, la precarización de las condiciones laborales para los grupos más jóvenes de esta clase social ha llevado a debates académicos y políticos acerca de la separación material y simbólica a una nueva clase o subclase social: el precariado (Standing, 2014). Tanto los cambios en la estructura

productiva, como las profundas transformaciones demográficas y políticas, han llevado a que esta clase social se haya complejizado, al mismo tiempo que se ha ido estigmatizando la adhesión subjetiva a este grupo. La erosión de la identidad de clase trabajadora en los países occidentales en el último medio siglo puede explicar parte de esa identificación generalizada con la clase media de la mayoría de ciudadanos europeos y americanos, independientemente de sus ingresos reales, e incluso del barrio en el que vivan.

Toda estructura social se caracteriza por tener, al menos, dos elementos clave. Por un lado, una serie de mecanismos o dispositivos estructurales que trabajen constantemente en la dirección de una diferenciación social, es decir, creando las condiciones de posibilidad para la desigualdad *material*; por otro, una serie de relatos o discursos que legitimen esas diferencias *simbólicamente* transformadas en desigualdades. La meritocracia es uno de estos relatos fundamentales para comprender cómo operan estos mecanismos en sociedades democráticas. Algunos de estos dispositivos de desigualdad que Feito analiza son: el consumo, la escuela y el comportamiento electoral. El autor dedica un capítulo entero a cada uno de ellos con el fin de explorar la forma en que esas diferencias se transmutan en desigualdades materiales y simbólicas. A través de algunas herramientas teóricas procedentes de los trabajos de Pierre Bourdieu procede a repasar algunos datos empíricos que corroboren semejantes lógicas en nuestras sociedades actuales. Ofreciendo datos actualizados sobre la forma en que estos mecanismos operan, trata de conectarlos con las ideas teóricas presentadas en la primera parte del libro acerca del carácter relacional de las clases sociales.

La importancia y atractivo del libro escrito por este sociólogo radica en varios de sus elementos. El primero, señalar la pertinencia del enfoque de clase en el

siglo XXI, es decir, identificar la validez empírica de un enfoque teórico que nos permite señalar las principales líneas o vectores de diferenciación/desigualdad social. Segundo, constituirse como un libro de referencia para el alumnado de los grados de sociología en toda España. Y último, pero no menos importante, por estar escrito para un público general y estar en un formato que permite una

lectura ágil que, al mismo tiempo, viene aderezada con datos e interpretaciones sociológicas con la suficiente profundidad como para sugerir y abrir nuevas vías de investigación.

Santiago Ruiz Chasco
Universidad Pablo de Olavide
sruicha@upo.es